

CRÍTICA/ PALACIO DE FESTIVALES/ESCENA  
ANA DE LA ROBLA

## Mi reino por un limón

La propuesta es lo suficientemente atractiva y provocadora como para presenciarla en su totalidad. Su gran logro: el sustento actoral



**Q**ué fácil es amar a Shakespeare. Y qué difícil desentrañar sus meandros. He visto muchos Shakespeares en mi vida; todos tan distintos. Una señal inequívoca de que estamos ante un grande, ante un enorme, porque admite casi todo lo que le echen: algo que solo pasa con los que trascienden los límites de lo humano, como ocurre en la música con Bach.

Este fin de semana hemos

asistido en la Sala Argenta del Palacio de Festivales a una peculiar reconstrucción de la totalidad de las tragedias «reales» (de reyes) de Shakespeare. No es poco reto. El osado: Calixto Bieito. A estas alturas, con su rodaje y experiencia, lo mismo en teatro que en ópera, no debería extrañar a nadie que Bieito planteara alguna excéntrica. En este caso, el director nos propone en 'Reino' un espacio absolutamente blanco

con apariencia de frenopático por el que van desfilando en una suerte de última cena, en un sofá Chesterton, en una vitrina de carnicería y en un remedo de sala de teatro de Ikea los reyes que se van sucediendo desde el ascenso al trono de los Lancaster hasta su enfrentamiento con los York en la Guerra de las Dos Rosas (no faltan un siniestro torturador y un simpático descuartizador). Como no podía ser de otro modo, esa sucesión es violenta, cruenta, repugnante... como la propia historia que relata. Porque no nos engañemos; dejando a un lado algún excesoirónico, Bieito no muestra en escena nada que no haya formado parte de la Historia de Inglaterra: asesinatos, traición, infamia, corrupción, relaciones familiares repulsivas. Todo ello contrasta con una pantalla en la que al fondo se muestra el partido de fútbol entre Inglate-

rra y Alemania del año 1966, en que resulta victoriosa la pérdida Albión y en que se aprecia –nueva ironía– la majestuosa presencia de la reina actual, como ajena a todo el horror que la precede. Las deserciones de la Sala Argenta fueron numerosas, algo que particularmente no logro entender demasiado bien, a estas alturas en que tan solo con ver el telediario presenciamos escenas infinitamente más vomitivas (y además manipuladas). Con independencia de que el hilo del montaje resultara un tanto confuso a quienes no estén excesivamente familiarizados con la obra de Shakespeare –en realidad, lo que hace Bieito es mezclar algunos de los monólogos más brillantes de las obras del Bardo con aportaciones propias o incluso de los actores mismos, como es obvio en el caso de José María Pou, lo que transforma el

texto en una producción original, no estrictamente shakespereana–, la propuesta es lo suficientemente atractiva y provocadora como para presenciarla en su totalidad (además, su duración es tan dinámica que se pasa en un suspiro).

Probablemente, más allá de su texto, confuso por momentos, el gran logro de la obra sea su sustento actoral. El elenco es magnífico: Joseba Apaolaza, Lucía Astigarraga, Ylenia Baglietto, Ainhoa Etxebarria, Miren Gaztañaga, Iñaki Maruri, Koldo Olabarri, Lander Otaola, José María Pou, Eneko Sagardoy y Mixel Santamarina se salen. Todos. Y por eso es de justicia citarlos a todos. Tanto ellos como el limonero que preside la escena reparten ácido en cantidad a los espectadores. Un poco de escozor de vez en cuando puede sentar bien en estas tierras.